



El RUMOR de lo cotidiano : Estudios sobre el País Vasco contemporáneo

Luis Castells (ed.). – Bilbao : Servicio Editorial Universidad del País Vasco/Euskal Herriko Unibertsitatea, 1999. – 306 p. – ISBN: 84-8373-086-3

Dos sentidos solemos otorgar a la palabra “rumor”. No se trata en este volumen de la “voz que corre entre las gentes”, aunque dentro de la cotidianeidad –su referencia– la transmisión y reinterpretación populares de la información bien habrían tenido cabida. Estas diez colaboraciones intentan hacernos inteligible el “ruido vago, sordo y continuado” del vivir día a día, como base de una historia social que encarne, para explicarlos, los grandes fenómenos (“Introducción” del editor, p.10). Hacerse así eco de las últimas tendencias historiográficas europeas, combinando –con no poca amenidad, por cierto– análisis sectoriales y de caso no es un reto sencillo. Merece un elogio el afrontarlo para un período (de mediados del siglo XIX a la última Guerra Civil) en que el tremendo peso de la industrialización y la trepidante marcha política ha atraído al grueso de la investigación vasca. Que esa vertiente historiográfica sigue siendo fuerte queda patente en los marcos de esta compilación: Bilbao y su hinterland minero y fabril reúnen seis monográficos; San Sebastián y Pamplona, uno cada; y es casi total la ausencia de Álava, aun en las visiones generales. Cierto es que así aumenta la coherencia interna de un libro concebido como muestra, según el editor nos advierte.

Al leer historia se agradece un paseo inicial por el ámbito físico de la ruta intelectual. Con *Luis Castells* y *Antonio Rivera* recorreremos las urbes industrializadas vascas de entresiglos. Explican sus transformaciones por la inmigración y la mucho menos estudiada terciarización de servicios administrativos y turísticos (p.17). Añade atractivo a este análisis la actualidad del significado social de las expansiones y remodelaciones urbanas en nuestras capitales. En la delimitación de áreas funcional y físicamente segregadas (ítem 2.3.) vemos culminar la desintegración de las pautas comunitarias del Antiguo Régimen. La burguesía triunfante construía su ciudad; también la operaria, diseñando su planta y las viviendas para recortar los ámbitos y ocasiones de confraternización. Una certera exposición del simbolismo de las “nuevas” ciudades y su ideologización religiosa (rechazo moral) y política (temor de clase, ruralismo) nos introduce en uno de los grandes temas que iremos encontrando a lo largo del volumen.

De modo poco habitual, *Félix Luengo* observa desde esa perspectiva la evolución del ocio y la sociabilidad en un San Sebastián de urbanización atípica. Arrasado en la Guerra Napoleónica y constreñido por su fortificación hasta 1863, sus lugares de distracción variaron antes que el espacio habitado. La limitación municipal –leamos elitista– del uso de tabernas y playa y la imitación de los entretenimientos de los veraneantes aristocráticos terciarizaron con rapidez el casco urbano (p.72). Desplazadas extramuros, las tabernas ganaron cierta libertad. Por contra, la proliferación de cafés y sociedades nos resulta signo de la implantación de valores burgueses: el individualismo y las relaciones interpersonales

en cerrados “círculos” de afines; la templanza, que ocultaba miras productivistas; la aceptación de regulaciones externas y la imposición de internas, trasunto de la preocupación por la potencialidad desestabilizadora del asueto. Volverán a surgir en el artículo sobre romerías, con el que éste habría debido quizá ir emparejado.

Es brutal el contraste de la Donostia turística con la construcción para obreros en el Bajo Ibaizabal-Nerviún, que *Pedro A. Novo* documenta profusamente. Distingue dos etapas, consecuentes con las estrategias patronales de producción y control (p.97). Hasta inicios del siglo XX la carencia de ordenación causó graves problemas de salubridad. Podríamos comparar el rechazo empresarial a la intervención pública, presumiblemente limitativa, con la veloz explotación de la cuenca minera, que llegaba a desvirtuar la racionalización de las demarcaciones mediante expolios y ocupaciones. El temor a la agudización de las protestas obreras tras el vuelco coyuntural de 1917-18 impulsó una interesada filantropía patronal para fomentar el individualismo insolidario. Sería atrayente seguir este fino hilo interpretativo hasta el desarrollismo de los 60, que fomentaría la propiedad, en especial inmueble, para quebrar las pautas de clase de los operarios.

En los numerosos hogares míseros de nuestra primera industrialización nos introduce *Juan Gracia* mediante un exhaustivo tratamiento cuantitativo del millar largo de bilbainos considerados nuevos derechohabientes a asistencia sanitaria gratuita en 1889; o que se autopercebían como pobres a tal fin, matiz importante a causa de los insolidarios criterios restrictivos del Ayuntamiento. Tal ayuda, mecanismo de dominación paternalista, era paralela a un programa institucional de moralización (p.131) cuyas connotaciones de clase observamos a menudo en este libro. Dada la intermitencia de la pauperización, ligada a coyunturas económicas y/o ciertos estadios del ciclo vital, sería muy interesante –si las fuentes lo permitieran– intentar reconstruir la trayectoria sociolaboral de estas familias de modo cualitativo, aplicándoles la teorización explicitada, con un extenso aparato crítico, en la primera parte del artículo.

Tres capítulos se consagran a la mujer. Tras veinte años de reivindicar la importancia de historiarla per se, como *un* género, la investigación europea está afrontando la nada sencilla historia combinada de *los* géneros. El folletinesco crimen pasional cometido por la bilbaína Jesusa Pujana es enfocado con esa luz por *Nerea Aresti*. Además de detallar las desigualdades legales que acentuaban la subordinación femenina en la época de cara a las relaciones sexuales y la convivencia matrimonial, la autora introduce una interesante explicación de clase (p.202-ss) al movimiento popular que el juicio generó. Nos matiza así la pretendida “masculinización” del pensamiento social real de las clases trabajadoras, que se suele presuponer por extrapolarle ciertas codificaciones de dirigentes del movimiento obrero y, en particular, lo sucedido entre la llamada aristocracia obrera de la Inglaterra victoriana.

Consciente de la heterogeneidad de las clases medias cuyo componente femenino analiza, *Miren Llon* realiza un detallado recorrido vertical desde las “señoritas” acomodadas –a quienes habría probablemente que limitar en el País Vasco la aplicación del término anglosajón “middle classes” y su historiografía– hasta las asalariadas, encuadrables en la pequeña burguesía pero diferenciadas de las proletarias. Bien reflejados aquí, sus problemas de (auto)construcción de identidad y movilidad social, polarizados en torno a las diferencias de independencia económica (p.210, 213) y en el mercado matrimonial (p.222-3) son correlato de las generales que afectaban a su grupo. La existencia de éste como tal ha sido puesta en entredicho por los estudiosos germanos a causa de los problemas conceptuales que plantea. Entre nosotros, pues, requiere multiplicar estudios como el que nos ocupa, para discernir con exactitud su validez.

La consideración y el control sociales de la belleza, que Llona describe con amenidad, es analizada por *José Javier Díaz* a partir de fuentes oficiales (campañas, discursos, pastorales) y oficiosas (artículos de prensa). Los años 20 desencorsetaron los cuerpos de las mujeres, facilitando sus movimientos y su expresividad; y, lo que peor era a ojos de *los* dirigentes, si las hacía conscientes de su derecho a interpretar de manera autónoma su femineidad, ¿cómo impedir que el goce de esa nueva libertad se extendiera al conjunto de sus vivencias? En torno al aspecto físico y las conductas con él relacionadas de una mujer símbolo de la evolución social (p.250) se libraría, pues, un intenso combate ideológico extensamente descrito por Díaz. En él las fuerzas conservadoras, a fin de cuentas lideradas por talludos varones, no irían siempre a la par de la absoluta intransigencia de los jerarcas eclesiales...

La clerecía católica pasa de atacante a diana en el trabajo de *Mikel Aizpuru* sobre la irreligiosidad en el desarraigado, oprimido y socioeducativamente desatendido Baracaldo proletario. Esta tipologización cronologizada del fenómeno nos permite rastrear la puesta en práctica de formas no violentas y soterradas de contestación de clase, tales el control de natalidad o el uso del ocio. Su estudio está en auge porque se entienden hoy tan radicales como las manifestaciones y las huelgas, en la medida en que suponían asumir una actitud diferente de la norma en ciclos cortos, a diario incluso, y en momentos esenciales para el ser humano en tanto que individuo socializado, como los ritos de tránsito. Además, en parte eran autónomas con respecto a las formulaciones ideológicas izquierdistas estructuradas (p.272). El autor ha cuidado matizar su alcance indicando la contraoferta, básicamente educativa, desplegada por la Iglesia.

Lo religioso y lo profano se fundieron durante siglos en las romerías vascas. *Rafael Ruzafa* nos presenta un apasionante cambio: la desacralización, pareja a la introducción del pietismo burgués, intimista y a la vez promotor de actos despojados de diversiones y comportamientos no reglados; y la mitificación de elementos de la cultura preindustrial en un ruralismo pretericista con cierto deje de desprecio (cfr. p.291), respuesta a la aspereza de la vida fabril y urbana. El uso de fuentes municipales habría mostrado la paradoja de que en alguna localidad receptora de romeros bilbaínos, como Bermeo, las burguesías locales arremetieran, por mimesis con las capitalinas, contra la autonomía festiva popular. El naciente excursionismo no se libró de las distinciones de clase; y pronto –fuera del marco conceptual del artículo– vehicularía opciones políticas, transformando un viejo medio de relación en recurso de la propaganda de masas.

Precisamente, *Javier Ugarte* se centra en la politización de la celebración de San Francisco Javier en la Pamplona de 1931, que se convirtió en símbolo del navarrismo católico militante, opuesto a una “agresora” República laica (p.169). Muestra cómo el discurso autoritario protobelicista prendió en unas clases medias mal adaptadas a la modernización, gracias a una hábil estrategia de comunicación que lo conectaba con el pretericismo de su supuesta identidad. Este uso de la tradición inventada ya había sido denunciado –callando el suyo propio– por los analistas liberales coetáneos de la última carlistada. El autor lo inserta en un movimiento cultural de duración media-larga, decisivo en la aceptación pamplonica de la sublevación de 1936. En esta línea, no vendría nada mal acentuar la autonomía de tal factor en la interpretación de las contiendas civiles de nuestro Ochocientos, constituya o no una verdadera corriente ininterrumpida.

Concluida la lectura del volumen, ¿qué líneas interpretativas destacaríamos del conjunto, fuera del impacto desestructurador –y reestructurador– de la industrialización? Sin ánimo de jerarquizarlas, he aquí las más fuertes, en nuestra opinión:

1. La importancia del marco físico, y sus variaciones, para las relaciones sociales en la urbe; y la tremenda ampliación de sus cesuras en todos los ámbitos de acción humana, reflejo del paso de lo corporativo preindustrial a la segmentación en clases.

2. La gradación entre secularización, laicización y anticlericalismo, ligada a la contestación de la religión globalizadora ochocentista. Está por hacer una pormenorizada historia de la religiosidad en este período, desde las vivencias más que desde las teorizaciones, que evite la falaz contraposición total entre irreligiosidad obrera y catolicismo euskaldun y/o burgués y rural.

3. La disfunción entre las prácticas, con sus grados de heterogeneidad y de respuesta autónoma y rápida a las variaciones y presiones, por un lado; y las formulaciones ideológicas y las normativizaciones legales y eclesiásticas por otro. Se destaca la creatividad de las tensiones individuo/grupo derivadas del hundimiento, transformación o preterición de las relaciones intracomunitarias “tradicionales”; así, en los intentos de nuevas solidaridades, no siempre formales ni dirigidos por ideologías, y a menudo por parte de sectores antes carentes de voz social pública, como las mujeres trabajadoras.

4. Unido a lo anterior, el aumento de la complejidad –no necesariamente de la codificación– de los elementos cotidianos de conducta individual y trato interpersonal. Las clásicas divisiones burgués/proletario, autóctono/inmigrante, masculino/femenino, han de ser puestas –y lo son en estos artículos– en interacción dinámica, como coincidentes o conflictuales a la vez en las mismas personas o colectivos.

5. La revitalización del concepto de símbolo político –eco de la nueva historia sociopolítica europea– y su capacidad de movilización en muy diversos sentidos, del lúdico al prebélico. Entendemos imprescindible indagar sobre una posible tradición vasca, o sobre la necesidad simplemente, de constructos con formulación precisa y de preferencia sencilla, funcionales en lo cotidiano y provistos de carga emotiva, para conectar con facilidad con las inquietudes de las gentes no acomodadas ante la disolución de los muy formales y en apariencia sólidos referentes preindustriales.

Aquí y allá se incluye una bibliografía adecuada, actualizada, con numerosas referencias a obras extranjeras y en su mayor parte comentada. Hay que agradecer a los autores el haberla relacionado con debates conceptuales recientes en sus áreas, en los que suelen tomar partido. No habría estado de más brindar a los colaboradores una mayor oportunidad de explicitar sus premisas epistemológicas. Avaladas por trayectorias investigadoras consolidadas, son susceptibles de enriquecer la teorización imprescindible para esa renovación historiográfica en que con evidente éxito están comprometidos.

Enriqueta Sesmero Cutanda